

dia siguiente sin acontecerles cosa que de contar fuese, de que no poco le pesó á Don Quijote. En fin, otro dia al anochecer descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus á Don Quijote, y se le entristecieron á Sancho, porque no sabia la casa de Dulcinea, ni en su vida la habia visto, como no la habia visto su señor; de modo que, el uno por verla, y el otro por no haberla visto, estaban alborotados, y no imaginaba Sancho qué habia de hacer cuando su dueño le enviase al Toboso. Finalmente, ordenó Don Quijote entrar en la ciudad entrada la noche; y, en tanto que la hora se llegaba, se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban, y llegado el determinado punto entraron en la ciudad, donde les sucedió cosas que á cosas llegan.

CAPÍTULO IX.

Donde se cuenta lo que en él se verá.

MEDIA noche era por filo, poco mas á menos, cuando Don Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso. Estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormian y reposaban á pierna tendida, como suele decirse. Era la noche entreclara, puesto que quisiera Sancho que fuera del todo oscura, por hallar en su oscuridad disculpa de su sandez. No se oia en todo el lugar sino ladridos de perros, que atronaban los oidos de Don Quijote y turbaban el corazon de Sancho. De cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñian puercos, mayaban gatos, cuyas voces de diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche: todo lo cual tuvo el enamorado caballero á mal agüero; pero, con todo esto, dijo á Sancho: "Sancho hijo, guia al palacio de Dulcinea; quizá podrá ser que la hallemos despierta.—¿Á qué palacio tengo de guiar, ¡cuerpo del sol! respondió Sancho, que, en el que yo ví á su grandeza, no era sino casa muy pequeña?—Debia de estar retirada entonces, respondió Don Quijote, en algun pequeño apartamiento de su alcázar, solazándose á solas con sus doncellas, como es uso y costumbre de las altas señoras y princesas.—Señor, dijo Sancho; ya que vuesa merced quiere, á pesar mio, que sea alcázar la casa de mi señora Dulcinea, ¿es hora esta, por ventura, de hallar la puerta abierta? ¿Y será bien que demos aldabazos para que nos oyan y nos abran, metiendo en alboroto y rumor toda la

gente? ¿Vamos, por dicha, á llamar á la casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que llegan y llaman, y entran á cualquier hora, por tarde que sea?—Hallemos primero, una por una, el alcázar, replicó Don Quijote, que entonces yo te diré, Sancho, lo que será bien que hagamos: y advierte, Sancho, que ó yo veo poco, ó que aquel bulto grande y sombra que desde aquí se descubre, la debe de hacer el palacio de Dulcinea.—Pues guie vuesa merced, respondió Sancho; quizá será así, aunque yo lo veré con los ojos y lo tocaré con las manos, y así lo creeré yo como creer que es ahora de día.” Guió Don Quijote; y, habiendo andado como docientos pasos, dió con el bulto que hacia la sombra, y vió una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo, y dijo: “Con la iglesia hemos dado, Sancho.—Ya lo veo, respondió Sancho, y plega á Dios que no demos con nuestra sepultura; que no es buena señal andar por los cimiterios á tales horas, y mas, habiendo yo dicho á vuesa merced, si mal no me acuerdo, que la casa desta señora ha de estar en una callejuela sin salida.—¡Maldito seas de Dios, mentecato! dijo Don Quijote; ¿adónde has tú hallado que los alcázares y palacios reales estén edificadas en callejuelas sin salida?—Señor, respondió Sancho, en cada tierra su uso; quizá se usa aquí en el Toboso edificar en callejuelas los palacios y edificios grandes; y así, suplico á vuesa merced me deje buscar por estas calles ó callejuelas que se me ofrecen, podría ser que en algun rincón topase con ese alcázar, que le vea yo comido de perros, que así nos trae corridos y asendereados.—Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora, dijo Don Quijote, y tengamos la fiesta en paz, y no arrojemos la sogá tras el caldero.—Yo me reportaré, respondió Sancho; pero ¿con qué paciencia podré llevar que quiera vuesa merced que, de sola una vez que ví la casa de nuestra ama, la haya de saber siempre, y hallarla á media noche, no hallándola vuesa merced, que la debe de haber visto millares de veces?—Tú me harás desesperar, Sancho, dijo Don Quijote: ven acá, hereje: ¿no te he dicho mil veces, que en todos los días de mi vida no he visto á la sin par Dulcinea, ni jamás atravesé los umbrales de su palacio, y que solo estoy enamorado de oidas, y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta?—Ahora lo oigo, respondió Sancho; y digo, que pues vuesa merced no la ha visto, ni yo tampoco.—Eso no puede ser, replicó Don Quijote; que, por lo menos, ya me has dicho tú que la viste ahechando trigo, cuando me trujiste la respuesta de la carta que le envié contigo.—No se atenga á eso, señor, respondió Sancho; porque le hago saber, que tambien fué de oidas la vista y la respuesta que le truje; porque así sé yo quién es la señora Dulcinea, como dar un puño en el cielo.—¡Sancho, Sancho! respondió Don Quijote; tiempos hay de burlar, y tiempos donde caen y parecen mal las burlas: no porque yo diga que ni he visto ni hablado á la señora de mi alma, has tú de decir tambien que ni la has hablado ni visto, siendo tan al revés como sabes.” Estando los dos en estas pláticas, vieron que venia á pasar por donde

estaban uno con dos mulas, que, por el ruido que hacia el arado que arrastraba por el suelo, juzgaron que debía de ser labrador, que habria madrugado antes del día á ir á su labranza; y así fué la verdad. Venia el labrador cantando aquel romance que dice:

“Mala la hubistes, franceses,
en esa de Roncesvalles.”

“¡Que me maten, Sancho, dijo en oyéndole Don Quijote, si nos ha de suceder cosa buena esta noche! ¿No oyes lo que viene cantando ese villano?—Si oigo, respondió Sancho; pero ¿qué hace á nuestro propósito la caza de Roncesvalles? Así pudiera cantar el romance de *Calainos*, que todo fuera uno, para sucedernos bien ó mal en nuestro negocio.” Llegó en esto el labrador, á quien Don Quijote preguntó: “¿Sabréisme decir, buen amigo, que buena ventura os dé Dios, ¿dónde son por aquí los palacios de la sin par princesa Doña Dulcinea del Toboso?—Señor, respondió el mozo, yo soy forastero, y há pocos días que estoy en este pueblo sirviendo á un labrador rico en la labranza del campo: en esa casa frontera viven el cura y el sacristan del lugar; entrambos, ó cualquier dellos, sabrá dar á vuesa merced razon de esa señora princesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso, aunque para mí tengo que en todo él no vive princesa alguna; muchas señoras sí principales, que cada una en su casa puede ser princesa.—Pues entre esas, dijo Don Quijote, debe de estar, amigo, esta por quien te pregunto.—Podria ser, respondió el mozo; y á Dios, que ya viene el alba:” y dando á sus mulas, no atendió á mas preguntas. Sancho, que vió suspenso á su señor y asaz malcontento, le dijo: “Señor, ya se viene á mas andar el día, y no será acertado dejar que nos halle el sol en la calle; mejor será que nos salgamos fuera de la ciudad, y que vuesa merced se embosque en alguna floresta aquí cercana, y yo volveré de día, y no dejaré ostugo en todo este lugar donde no busque la casa, alcázar ó palacio de mi señora: y asaz seria de desdichado si no le hallase, y hallándole hablaré con su merced, y le diré dónde y cómo queda vuesa merced esperando que le dé orden y traza para verla sin menoscabo de su honra y fama.—Has dicho, Sancho, dijo Don Quijote, mil sentencias encerradas en el círculo de breves palabras: el consejo que ahora me has dado, le apetezco y recibo de bonísima gana: ven, hijo, y vamos á buscar dónde me embosque, que tú volverás, como dices, á buscar, á ver y hablar á mi señora, de cuya discrecion y cortesía espero mas que milagrosos favores.” Rabiaba Sancho por sacar á su amo del pueblo, por que no averiguase la mentira de la respuesta que de parte de Dulcinea le habia llevado á Sierra Morena; y así, dió priesa á la salida, que fué luego, y á dos millas del lugar hallaron una floresta ó bosque, donde Don Quijote se emboscó en tanto que Sancho volvía á la ciudad á hablar á Dulcinea, en cuya embajada le sucedieron cosas que piden nueva atencion y nuevo crédito.